



www.silaencuentro.com

TOMBUCTÚ, la ciudad olvidada

Manuel Pimentel y Antonio Llaguno, editor y autor unidos por el empeño de recuperar nuestro pasado común con el África negra

El Salón Internacional del Libro Africano, un primer paso para nuestro acercamiento a la cultura africana

Los catorce kilómetros que separan el continente africano del Estrecho de Gibraltar parece una distancia abismal, una brecha insalvable y no sólo económica, sino también social y cultural. Pero esto no siempre fue así. Con sus obras, tanto Manuel Pimentel como Antonio Llaguno demuestran que hubo un tiempo en que la relación de España con Marruecos y los reinos del sur del Sáhara fue fluida e intensa, que existió una comunidad de andalusíes que se trasladaron allí en el siglo XIV jugando un papel determinante en tierras africanas y cuya herencia aún perdura. Tombuctú (Mali), centro neurálgico de esa región subsahariana, asistió al encuentro entre dos mundos.

La última jornada del recientemente celebrado Congreso Internacional del Mundo del Libro en Ciudad de México, organizado por el Fondo de Cultura Económica, dedicó una de sus sesiones a debatir sobre la relación entre autor y editor. Según rezaba en la presentación de la mesa en cuestión (Todos son hijos del diablo: la delicada relación entre escritores y editores), "(...) *La organización de la industria editorial entraña, por definición, un tenso vínculo entre quienes escriben y quienes publican los libros, cuyos intereses coinciden perfectamente sólo en el mundo de los ideales (...)*".

El caso de Antonio Llaguno (escritor) y Manuel Pimentel (editor) parece ser una de las excepciones que confirman la regla: comparten el interés por la historia del África occidental, y, en concreto, por nuestro pasado común con los herederos de aquella comunidad andaluza que contribuyó al esplendor de enclaves como Tombuctú. Trabajar por que esa parte de

nuestra historia común no sea algo perdido es algo más que un ideal. Ambos participarán en un debate cara a cara sobre sus obras en una de las sesiones programadas por el Salón Internacional del Libro Africano que se celebrará en el Puerto de la Cruz del 24 al 27 de septiembre. Con motivo de su participación fueron entrevistados para la elaboración de este reportaje.

Llaguno es vicepresidente de la Fundación Mahmud Kati y representante en España de los Fondos Kati de Tombuctú, algo que le llena de orgullo como almeriense. Es el fondo documental más importante que existe en África sobre la historia y la ciencia de Al Andalus, así como de la vida cotidiana del exilio sufrido por los andaluces de la diáspora tras la conquista castellana. Esta documentación debe su nombre a la familia que ha ido dirigiendo la recopilación de estos documentos que han permanecido repartidos por varias regiones africanas. Los responsables de la Fundación Mahmud Kati trabajan ahora en la restauración y digitalización de estos fondos posibilitando con ello el acceso de la comunidad científica a esta importante fuente del saber. "Indudablemente, mi participación en esta aventura de recuperación histórica de una página de nuestro pasado es algo que me enorgullece, y que hace que desde hace veinte años dedique parte de mi actividad intelectual a ese intento de resarcir del olvido a esos lugares y personas con las que España y Andalucía tuvieron mucho que ver en el pasado", asegura Llaguno.

A Manuel Pimentel le han preguntado varias veces si hay vida después de la política. Este ex ministro sevillano que eligió Córdoba para arrancar desde cero su aventura empresarial con Almuzara, no oculta ser bastante feliz con lo que viene haciendo desde hace ya cinco años: escribir y editar libros. Pero le gusta más ser considerado como un editor que escribe que como un escritor que se aventura a crear y gestionar un grupo editorial. "Un editor que escribe debe amar más los libros de los demás que los propios. Si fuese a la inversa, no podría dedicarse al mundo de la edición", asegura. Tiene una especial predilección por África siendo su parte occidental el destino de muchos de sus viajes. "El Sáhara me atrae desde joven. Aunque viajo con cierta frecuencia a América Latina, el África occidental es el lugar que más me fascina". Influida por los libros, intentó alcanzar Tombuctú en su juventud. "La primera vez que lo visité fue de la mano de Antonio Llaguno, al que conocí al interesarme por la Biblioteca andalusí de Tombuctú, una historia fascinante".

Encuentro entre dos mundos

Y fue tal la fascinación que como editor decidió apostar en 2006 por una obra de Llaguno sobre la recuperación del legado andaluz en África, titulada *La conquista de Tombuctú. La gran aventura de Yuder Pachá y otros hispanos en el País de los Negros*, (Almuzara, 2006) en la que el autor retrata el encuentro entre dos mundos: el sur hispano (occidental y europeo), de

donde partirían algunos andalusíes hacia el continente africano ante el avance cristiano por la Península Ibérica—como el almeriense Yuder Pachá—, y la Curva del Níger, zona a la que llegaron aquellos exiliados del “primer mundo” y en la que jugaron un papel determinante en todos los órdenes de aquella sociedad marcando su impronta personal en el devenir histórico de la región que aún persiste en la actualidad.

A los dos años publicaría una apasionante novela, *El arquitecto de Tombuctú*, en la que narra la intensa vida de un granadino hoy considerado universal y padre del arte sudanés, Es Saheli, poeta, arquitecto y viajero («*Poeta soy, y la arquitectura es la poesía del barro y la piedra. Por eso, al igual que canto y recito, algún día os levantaré palacios y mezquitas...*») y cuyo principal legado fue la construcción de la gran mezquita de Tombuctú que según algunas opiniones, parece haber servido de inspiración a genios tan separados en el tiempo como Antoni Gaudí y Miquel Barceló. Con anterioridad ya había sido coautor de *Los Otros Españoles. Los manuscritos de Tombuctú: Andalusíes en el Níger*.

Casi simultáneamente, en octubre de 2008, vería la luz *Tombuctú. El reino de los renegados andaluces*, segunda de las obras de Antonio Llaguno sobre el mismo tema como telón de fondo y también editado por Almuzara con el mimo y el cariño del trabajo artesanal bien hecho. En esta ocasión el autor describe minuciosamente la historia del pachalato, estructura político-administrativa convertida en virreinato desde 1591 y gestada en la Curva del Níger por la iniciativa de personajes que alcanzaron el reconocimiento de auténticas autoridades, como Yuder Pachá. El virreinato perduraría con sus sucesores pasando por una época de decadencia hasta su desaparición en 1833. El autor de *La conquista de Tombuctú*, relata en esta segunda entrega cómo este morisco almeriense —que no quiso quedarse en territorio peninsular (de ahí la denominación de “renegado”, sino marcharse al antiguo Sudán—, protagonizó una apasionante aventura en el corazón del continente negro conquistando todo un Imperio. Se da la circunstancia de que Llaguno fue durante doce años alcalde de Cuevas del Almanzora (Almería), cuna y patria del morisco Yuder Pachá.

Sal, oro y esclavos

La labor de documentación de Llaguno en sus investigaciones ha sido muy concienzuda. Ha estudiado, entre otras cosas, la importancia del comercio de la sal, el oro y los esclavos en las relaciones que se establecieron entre el norte y el sur del Sáhara y la formación de los primeros imperios negros del África occidental. El comercio de los tres rubros “hizo posible la creación de configuraciones estatales estables al norte y al sur del Sáhara para permitir ese tráfico. Los negros del Níger necesitaban la sal, no sólo para conservar los alimentos, sino para evitar deshidratarse, sometidos como estaban a muy altas temperaturas, por lo que les era precisa esa sal que les retenía el agua interiormente y que, por consiguiente, les mantenía el ph

fisiológico estable. Pero la sal no estaba en el África negra, sino en el desierto del Sáhara, controlado por los marroquíes, por lo que en el Magreb más occidental surgieron imperios que garantizaron el suministro del mineral salino a cambio del oro y los esclavos que en abundancia sí que tenían esos destinatarios de la sal que, a su vez, constituyeron estados como Ghana, Mali o el Songhay para asegurar la aportación sudanesa al comercio descrito. Tombuctú, según afirmaban muchos cronistas de la época, era el lugar donde las piraguas de la sabana africana, cargadas del material humano y aurífero, se encontraban con los camellos provenientes de Marruecos para el intercambio de estas mercancías tan valiosas todas ellas”.

La posición geoestratégica, entre el Sáhara y la sabana africana, de Tombuctú explica su importancia. Esta circunstancia, afirma Llaguno, “llevó primero a la ciudad a los comerciantes árabes, sobre todo del Magreb, pero tras ellos vinieron los hombres del saber, atraídos por la prosperidad de la ciudad, fundando, bajo el patrocinio de sus reyes, medersas y universidades, que fueron destino de eruditos de Córdoba, Fez, Marrakech, Kaiurán o El Cairo, muchos de ellos bajo el mecenazgo directo de los soberanos malienses o songhays. De esta manera, esa burguesía adinerada de Tombuctú adquiría el lustre intelectual que veían aparejado al prestigio social de su estatus, pero también la proliferación de escuelas coránicas y universidades facilitaba la conversión que desde los poderes públicos se quería hacer de la población, desde su animismo inicial al islam que venía del norte”.

Y es que la espiritualidad también actuó como elemento integrador de la sociedad mestiza resultante, la cual, durante el pachalato convivió en un auténtico sincretismo religioso conjugándose el animismo con el islamismo y el cristianismo. “En el pachalato, la clase social dominante, y que gobernó durante los doscientos cuarenta y dos años de su existencia, fueron los “Arma” —a los que el escritor se referirá más adelante—, los descendientes del ejército conquistador de Yuder Pachá, que era variado en su composición religiosa, moriscos, cristianos viejos y musulmanes sobre todo, por lo que ese sincretismo existió desde el principio, aunque la verdad es que formalmente fue un estado islámico. No obstante, el contacto entre las religiones monoteístas y el animismo de la región fue fecundo, como se observa materialmente en la arquitectura sudanesa, inspirada en parte por el granadino Es Saheli, pero también en el plano espiritual, conformando un islam heterodoxo. La religión musulmana, enemiga de la adoración de santos, por ejemplo, nos aparece en la Curva del Níger repleta de ellos. Obsérvese, en este sentido, que Tombuctú es la ciudad de los trescientos treinta y tres santos, de los cuales, por cierto, el hispano Sidi Yahya es su patrón”.

Cómo hemos olvidado...

En los dos libros que ha publicado en Almuzara —*La conquista de Tombuctú. La gran aventura de Yuder Pachá y otros hispanos en el País de los Negros*, (2006) y *Tombuctú. El reino de los renegados andaluces* (2008)—, Antonio Llaguno acerca al lector a una realidad desconocida para los españoles que pensaban que no teníamos nada que ver con el África negra, un pasado que parece ignorado voluntariamente por los que, de alguna manera, somos herederos de aquellos que arriesgaron y se asentaron en la curva el Níger. Cabe preguntarse por qué conservamos vínculos con América y no con África, por ejemplo. Para el vicepresidente de la Fundación Mahmud Kati, “a pesar del protagonismo que España tuvo en la historia pasada de la Curva del Níger, nuestro país no ha reivindicado en el pasado esta circunstancia para estar presente en su desarrollo y devenir histórico reciente. Ya, a principios del siglo XX, Ortega y Gasset se extrañaba de que España se hubiera desvinculado de esta historia, cuando él equiparaba la conquista de Tombuctú a las que realizaron Hernán Cortés en México o Pizarro en el Perú, reivindicando nuestro acercamiento a esta región africana y a nuestros parientes allí asentados descendientes de los conquistadores”. Entre las causas de esta desvinculación, Llaguno destaca la pérdida de la importancia estratégica de Tombuctú, justificada sólo en parte por el descubrimiento de América. Añade también como causa del olvido “los prejuicios arraigados en nuestro país hacia lo “moro” y la cultura islámica, cultura distinta a la occidental”, en contraste con las consecuencias derivadas de nuestro paso por el continente americano que, de alguna manera, no tuvimos problemas en asimilar.

También parece que conocemos mejor la historia de los exploradores europeos del s. XIX que la relación histórica entre Al-Andalus y el antiguo Sudán (hoy África occidental francófona) que fue muy anterior y que, como ya se ha apuntado, contribuyó al esplendor de enclaves como Tombuctú y Djenné, gracias a la presencia de los andalusíes que trabajaron con el intelecto, que generaron conocimiento y fueron dejando su impronta en la arquitectura y en la idiosincrasia de aquellas tierras africanas. Nos referimos a personajes como Al-Fazzazi, Es-Sahali, Sidi Yahya, Ali ben Ziyad, o el mismo León el Africano, verdaderos intelectuales como pudieran ser considerados hoy en día.

Llaguno aporta algunos datos más: “Al-Fazzai, biógrafo del profeta Mahoma y autor de poemas que hasta hoy día se estudian en las medersas, en una línea parecida a la de Sidi Yahya, al que puede considerarse el maestro de la poesía mística de la Curva del Níger. Alí ben Ziyad fue el iniciador de la actual biblioteca andalusí de Tombuctú, lo que propició la traslación a esa región africana de mucho del conocimiento que se estaba generando en Al Andalus. León el Africano fue uno de los primeros que transmitió a occidente noticias, aunque es verdad que algunas de ellas distorsionadas, sobre esta tierra ya no tan incógnita a partir de entonces”.

Nuestra demostrada ignorancia sobre esta parte de nuestro pasado común con el África negra, parece, por tanto, clara. Aparte de lo ya señalado, Antonio Llaguno profundiza en sus explicaciones recordando que "en el siglo XIX España estaba en un evidente declive político, tras siglos de hegemonía, mientras que países como Inglaterra, Francia o Alemania eran preponderantes en el continente europeo, siendo precisamente ellos los que crearon esas sociedades geográficas que financiaron los viajes de los exploradores, tras los que se escondían intereses económicos, para lo cual argumentaron que fueron ellos los primeros que llevaron a esos remotos lugares la civilización para tener derechos primigenios sobre la ocupación de los mismos y de sus recursos naturales. Un cinismo considerable, además de una falsedad histórica".

Y ni siquiera en Cuevas del Almanzora, pueblo natal de Yuder Pachá, parecen quedar vestigios del renegado almeriense que puso las bases de la estructura político-administrativa del pachalato que posteriormente cae en desgracia. De su época persiste el castillo del Marqués de los Vélez y tras éste, el barrio de cuevas naturales. Cuevas del Almanzora fue un pueblo morisco hasta el último momento, según cuenta Llaguno, y a ello se debe el que pervivan en algunos de sus rincones el trazado urbanístico característico y los sistemas de regadíos árabes. "Por lo demás, hay una plaza que se llama "Yuder Pachá" y el recuerdo en muchos de sus habitantes de dicha figura histórica a través de algunas publicaciones que editó el Ayuntamiento cuando yo era alcalde, o la misma labor de difusión que Ismael Diadié y yo mismo hemos llevado a cabo". Ismael Diadié es el actual conservador de la biblioteca andalusí de Tombuctú, o Fondo Kati.

Todavía nobles

En *Tombuctú. El reino de los renegados andaluces* (Almuzara, 2008), y como antesala a algunos capítulos, Llaguno recoge citas del artículo "Las ideas de León Frobenius", publicado en 1924 por José Ortega y Gasset en *El Sol*. El filósofo español refiere en ese artículo que, como producto de la conquista de Tombuctú, nació una estirpe, la de los Arma, a los que denomina "nuestros nobles antepasados". Preguntado por lo que pueda pervivir hoy en día de aquella casta diferenciada, el escritor almeriense afirma que "acabado el pachalato de Tombuctú en 1833, la casta de los Arma siguió manteniendo un prestigio social considerable, hasta el punto de que los sucesivos conquistadores de la ciudad, como los peules, los toucouler o los franceses siguieron manteniendo en ella, y en otras ciudades de la Curva del Níger, a los patriarcas Arma al frente de los barrios de los núcleos urbanos, costumbre que aún persiste en la actualidad. En mis viajes por la región, cuando iba a visitar alguna de las ciudades de tradición Arma, como Djenné, Gao o Tombuctú, lo primero que hacían mis acompañantes nativos era llevarme a visitar al alcaide arma del barrio o de la ciudad para que nos conociéramos y volviésemos a rememorar nuestro pasado común, el de la míticas España y Andalucía y el de la Curva del

Níger". Pervive, sin duda, un sentimiento de pertenencia y así muchos de ellos hoy en día se consideran originarios de la Península Ibérica. "Recuerdo aún con emoción como ancianos y ancianas de Kirchamba o de otros poblados entre los meandros del Níger se reclamaban andaluces, porque decían que los abuelos de sus abuelos eran de Almería, Granada o Málaga", prosigue Llaguno en referencia a alguno de sus viajes por la región subsahariana.

Salón Internacional del Libro Africano

Organizado por la empresa de promoción cultural Producciones Mirmidón y la editorial Baile del Sol, el Encuentro de Editores en Canarias celebra este año su séptima edición con un acercamiento a la literatura africana a través de la organización del Salón Internacional del Libro Africano (SILA) al que asisten tanto Antonio Llaguno como Manuel Pimentel, como se ha dicho ya, para participar en un debate sobre sus obras con Tombuctú como centro.

Con el SILA se pretende convertir a las Islas en punto de referencia y en centro de reunión y difusión cultural de África hacia Europa y América. Serán cuatro días, del 24 al 27 de septiembre, de conferencias, debates, presentaciones de libros y encuentros con escritores, traductores y editores del continente vecino. "Todo mi respeto y admiración. La cultura africana sigue siendo una gran desconocida, y Canarias puede convertirse en su trampolín. Es una estrategia hermosa e inteligente", asegura Pimentel. La amplitud de miras ha venido avalada por una realidad sobre la que los organizadores han querido llamar la atención: que en África existen hoy alrededor de 3 millones de hispanohablantes, que el español es la segunda lengua extranjera impartida en los institutos y que existe un flujo continuo entre editoriales independientes canarias, españolas y africanas.

Y, sin embargo, ignoramos todavía casi todo lo que África nos puede ofrecer. En mayor o menor medida, a través de labores de investigación encomiables como las llevadas a cabo por Pimentel y Llaguno y con iniciativas como la celebración del Salón Internacional del Libro Africano (SILA), se está contribuyendo a acortar la brecha cultural que nos separa de África, un continente que, de forma incomprensible y paradójica, estaba mucho más cerca de nosotros cuando los viajes se hacían en camello y duraban varias semanas.

El Fondo Kati: historia de cómo se evitó un expolio

Si a alguien se le debe el mérito de la preservación histórica es a la familia Kati. Al parecer, distribuyeron su biblioteca entre miembros dispersos de su clan que escondieron los manuscritos en aldeas perdidas, donde continuaron a salvo del expolio que el colonialismo francés sometió a otras bibliotecas. Antonio Llaguno cuenta su versión sobre estos hechos:

“El germen de la actual biblioteca andalusí de Tombuctú, o de los Kati, se remonta al toledano Ali ben Ziyad, el Quti, o sea el godo, de donde se deriva precisamente la denominación familiar de Kati. Hacia 1468, Alí llegará exiliado, por la intolerancia religiosa de la Península Ibérica en ese momento, a la Curva del Níger, emparentando con la familia imperial songhay. Fruto de su matrimonio con la princesa Khadija, sobrina del emperador Sonni Ali Ber, nacería su hijo primogénito, Mahmud Kati, el padre de la historiografía africana.

Mahmud Kati fue el verdadero patriarca de los Kati africanos y, por su relevancia e influencia política, fue acrecentando la inicial colección de manuscritos que trajera su padre desde España hasta convertirla en una verdadera biblioteca en el sentido moderno de la expresión, con préstamos a particulares entre otras cosas. Esta biblioteca fue agrandándose a lo largo de los siglos y custodiada por los sucesivos patriarcas de los Kati, hasta que la intransigencia de los peules o los toucouleur y la proximidad de los franceses, hizo que los Kati pensaran en esconderla.

Unos por intolerancia y otros por interés de apropiación del conocimiento histórico de la región, buscaban apoderarse de obras capitales de la biblioteca, como el “Tarikh el-Fettach” de Mahmud Kati, o la versión más completa del “Tarikh es -Soudan”, de Es- Saadi.

La primera de estas obras nos permite conocer desde el lado africano la conquista de Yuder Pachá del Songhay, así como la formación de los imperios de Ghana, Mali y el mismo Songhay. También, podemos adentrarnos en esta obra en la aniquilación de los judíos de la Curva del Níger.

La segunda obra, la de Es- Saadi, es una crónica muy prolija del final del imperio songhay y del pachalato de Tombuctú, por lo que la memoria histórica de este escritor de la corte, protagonista de muchos de los sucesos que narra, vividos en primera persona, era un documento excepcional sumamente interesante para quien pretendiese dominar el territorio cuyas claves de poder estaban escritas en parte en este relato tan bien documentado.

El caso es que para evitar el expolio, la familia Kati dispersó la biblioteca en varios lotes que distribuyó entre varios lugares escondidos en aldeas perdidas entre los meandros del Níger, como Kirshamba, Gundam o Tindirna, ocultos en baúles o en las arenas desérticas, hasta que en los años ochenta del pasado siglo, Amadu Diadié Haidara y su hijo Ismael dedicaron muchos años a agrupar esa colección fragmentada de manuscritos.

Ismael Diadié consiguió que el 25 de febrero del 2000 un elenco importantísimo de intelectuales firmasen un manifiesto por la recuperación de la biblioteca, cosa que se consiguió años más

tarde, albergándose físicamente en el edificio que construyó para tal fin la Junta de Andalucía en 2005.

El Fondo Kati lo constituye más de siete mil manuscritos, escritos en varios idiomas, como el árabe, el castellano antiguo aljamiado, el hebreo o el francés, incluyendo parte de los cuatrocientos manuscritos andalusíes de Ali ben Ziyad. Igualmente, son destacables las más de seis mil notas en los márgenes de las hojas de los manuscritos, a manera de diario de aquellos Kati propietarios de los libros en cuestión.

Todo este material, de variada temática, desde tratados de medicina, matemáticas, derecho, teología, filosofía o historia, o correspondencia entre los distintos soberanos sudaneses, árabes y cristianos, nos alumbrarán seguramente de páginas de nuestra propia historia hispánica mal conocidas o con importantes lagunas. La supuesta invasión musulmana a la Península Ibérica, o el exilio de los musulmanes españoles al Magreb y a la Curva del Níger, seguramente necesitarán una revisión historiográfica cuando muchos de estos manuscritos sean conocidos por los investigadores”.